

RESUMIENDO, QUE ES FRAY GERUNDIO

HOMBRE, yo no soñaba con lo natural, que hubiera sido el disolver las Cortes y gobernar durante seis meses mediante decretos - leyes, pero sí había soñado con que al llegar a este día habríamos avanzado algo. Ya sé que las Cortes no se pueden disolver, según la ley, pero como las Cortes tienen manía aprobatoria, supongo que hubieran aprobado la ley de su propia disolución. Si hay algo que las Cortes merezcan es el respeto hacia su coherencia. Sin embargo, no hemos avanzado nada. Todo está perdiéndose en la noche de las palabras. Da la sensación, con tantas declaraciones de los gobernantes a los periódicos extranjeros —es lo que se llama el destino en lo universal—, que el pueblo español es una especie de alcohólico políticamente «déclassé» que se encuentra como siempre «out and down» (toma extranjerías y destino en lo universal!), y que nunca podrá decidir por su cuenta, pues, como dijo el señor Fraga en el Club Siglo XXI, que ya es paradoja, la revolución hay que hacerla desde arriba, y el pueblo, que empuje. ¡Leche!, siempre

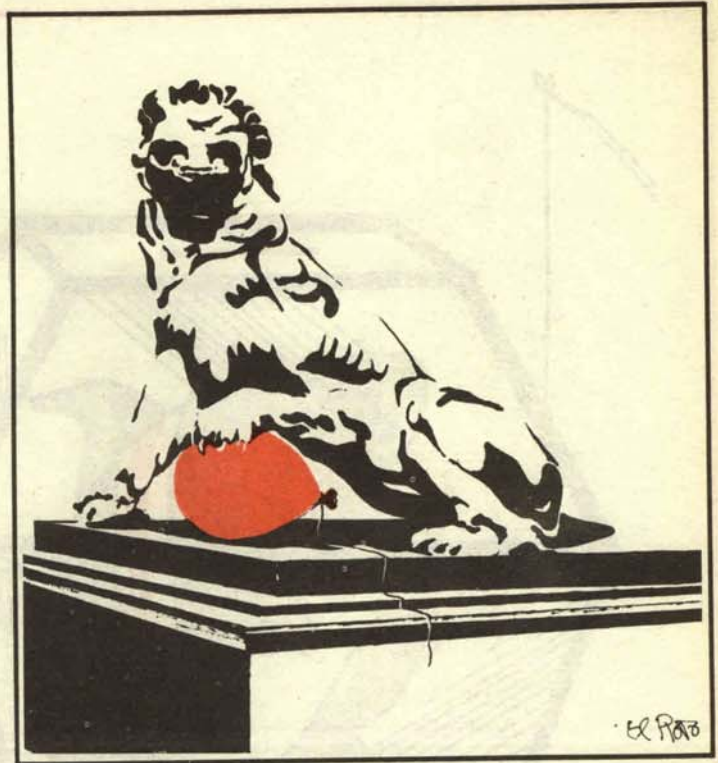
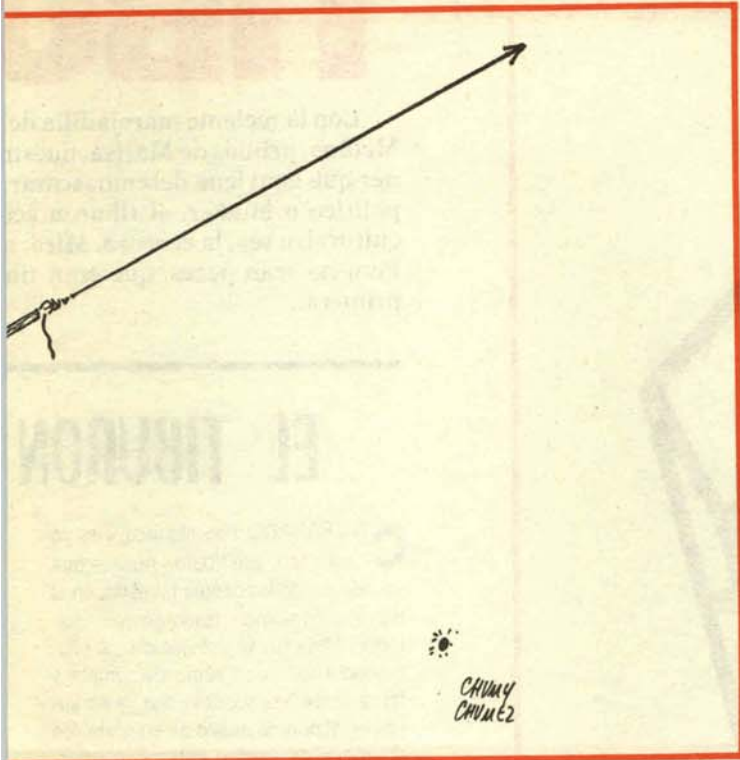
está empujando uno y el carro no sale del atolladero ni a la derecha. Es que se trata de un carro sin ruedas. Estamos empujando un carro sin ruedas y deshaciendo un nudo sin cuerda, y cuando queremos cortarlo de un tajo, como hizo Alejandro con el nudo gordiano, nos dan un cuchillo sin hoja, y, por si fuera poco, sin mango. Los gobernantes se están dando parabienes edificantes, y no sabemos por qué. Truenan y escampan simultáneamente. Son Fray Gerundios, que no creen en la Trinidad, dicen los herejes, pero allí están ellos para defender la Trinidad y lo que haga falta, que hasta en el asunto erótico nos van a parar los pies, que yo no creo que sean los pies lo que hay que parar, y a lo mejor es que también quieren hacer la revolución erótica desde arriba, pues ya nos explicarán cómo es esa postura. Total, que seguimos con el polisón político y con la gorguera socioeconómica, y si éramos pocos en casa parió la abuela, concretamente a Cánovas. Y la democracia ésa sin aparecer. Estamos listos. ■
LICANTROPO.

LA ZARZA ARDIENT

CUANDO llegue la libertad, si es que llega, me pregunto cuántos aprendices de brujo se van a ahogar en su propio puchero. Hasta ahora la cosa no pasa de ser una tentativa de juego democrático pre-nupcial, el escarceo erótico anterior a la cópula. En este baile de vísperas danzan personajes descolgados del franquismo, ratas sabias que un día abandonaron el barco y ahora escriben hermosas crónicas incendiarias en las revistas; trabajan los desmontadores de tarimas, los nuevos figurinistas, los especialistas en atrezzo reformador, el equipo de maquillaje europeo y se ve pasar un trajín de arlequines y dominós por los barracones de

esta feria de disfraces. Estos son tiempos de muda. Algunos canarios flauta han perdido las plumas y ya no trinan como entonces; algunos reptiles han dejado la piel irisada en el reseco barranco orgánico y es una maravilla asistir a este concierto de orquestina que toca el cambio de pareja. Desde el punto de vista sociológico, ésta es una época interesante para analizar las sutilezas del corazón político de muchos ciudadanos en estado de transición. Es de mucho admirar el trabajo de orfebrería, casi de joyero, que realizan algunos personajes del régimen para nadar y guardar la ropa, para regatear en el límite de las aguas jurisdiccio-





E DE LA LIBERTAD

nales, ahora dentro, ahora fuera, ahora me asomo, ahora me escondo, de modo que puedan salvar la cara y al mismo tiempo les alcance a llegar el brazo protector del presupuesto en un momento de apuro.

De otro lado, por la parte izquierda de las bambalinas, según mira el espectador, están saliendo a escena algunos radiantes actores de la oposición, con voz entubada, que parece que se van a comer el mundo con sus mimos y pantomimas, y sobre este campo político, que es un terreno donde hay enterrada una extensa osamenta histórica, se establece una teoría de fuegos fátuos que son

tan bonitos como una nit del foc. Cuando llegue la libertad, si es que llega, ya se verá cuántos aprendices de brujo van a resistir el hervor de la olla. Cuando la cosa vaya de veras, ya se verá cuántos personajes, personajes, figurones, figuras y figurillas se van a abrasar en la zarza ardiente de la democracia. Después, alrededor de la fogata de la plaza mayor, alimentada por las tramas de decorado, cartón piedra de fachadas y ropa vieja de disfraz, se montará el gran chotis del realismo. Entonces será el momento de hacer recuento e inventario y pasar lista para ver los que quedan. ■ VICENT.

BUENOS Y MALOS

COMO ustedes saben o debieran saber (si no están ustedes totalmente alienados por Kojak), la democracia cristiana —o las democracias cristianas, porque son muchas, por aquello de que un cristiano siempre prolifera y no toma la píldora—, montó hace poco su campamento parlamentario en un hotel de Madrid, que fue su Palmar de Troya por unos días, y donde no hubo más apariciones que la muy sensata de Gil Robles, quien dijo: «Nos parecería mal excluir a la extrema izquierda y legalizar a la extrema derecha, con la esperanza de que algún día sea demócrata.»

Eso es, ahí le duele. Ahí queríamos llegar nosotros. Tomamos de testigo a Gil Robles, porque no es un rojo masónico y no se le conocen contubernios ni experiencias prematrimoniales. Parece que hoy se ve en el Gobierno más tendencia a legalizar la extrema derecha que la extrema izquierda. Los de la extrema derecha son unos hermanos separados, son la oveja negra y descarriada que debemos traernos al hombro, aun abandonando todo el rebaño político. Con la extrema derecha se puede contar, hay

que contar, porque en el fondo son buenos y patriotas, quieren el bien de la Patria y que la Nadiuska se condene de una maldita vez en las calderas de Pedro Botero o de Oriol Regás.

Pero la extrema izquierda no. La extrema izquierda son los extraterrestres, Ray Bradbury, los marcianos, los ferromagnéticos, el caballo de Atila. Y resulta que cuando Gil Robles dice la extrema izquierda está queriendo decir un partido comunista de orden. Bueno, pues tampoco. Son de otra raza, negro es su color. Negros que ni siquiera tienen el alma blanca, por la sencilla razón de que no tienen alma.

O sea, que al establishment se le ven las afinidades electivas y hasta las otras. En el Comité de Moralidad Pública se puede confiar porque, aunque se pasan un poco, se pasan en nombre de los principios. Unos hermanos separados, ya digo. Unos hermanos de la caridad. Hasta puede que se vuelvan razonables y demócratas. Y si no se vuelven, mejor, que alguien tiene que quedarse de guardia y de reserva espiritual. Es el chiste del judío: «¿Y quién se ha quedado en la tienda?» ■ UMBRAL.

